



unánimes

Estudios bíblicos

L: Los atributos de Dios

20.- El amor de Dios

23/6/22

Para comentarios y dudas: www.unanim.es/foro/



unanimos

Estudios Bíblicos

L.20.- El amor de Dios

1. Introducción

Habiendo escrito con anterioridad que Dios es un Dios de Ira, nos volteamos al otro lado de la moneda y hablamos de Su amor. Para muchos, es contradictorio decir que Dios es un Dios de ira y que a la vez es un Dios de amor, pero la Biblia esta llena de estos dos conceptos sobre de Él.

El amor de Dios es realmente más que solo un atributo; es parte de su esencia. En un sentido general, Dios ama a todos (y a todo) lo que ha creado. En el famoso texto de Juan 3:16 “por que de tal manera amó Dios al mundo,” la palabra “mundo” es la palabra griega, *kosmo*, la cual en sentido general, se refiera a todo el universo. Por ejemplo, Dios manda Su lluvia a los justos y no justos (Mateo 5:45). Alguna medida de cuidado y protección se extiende a la especie humana, excepto donde Dios decide no reblandecer y frenar los efectos naturales de nuestro pecado y la rebelión. Pero hay una distinción entre Su cuidado universal por la creación y el amor especial que tiene por Su Gente.

1 Timoteo 4:10

...que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen.

No merecemos el amor de Dios, es inmerecido y no influenciado. No podemos ganarlo. Dios ejercita la expresión de Su amor de acuerdo con Su Soberana Voluntad, no de acuerdo con nuestras acciones, porque como miembros de una especie rebelde, en realidad no merecemos nada.

Deuteronomio 7:7-8

No por ser vosotros el más numeroso de todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, sino porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de la servidumbre, de manos del faraón, rey de Egipto.

En las Sagradas Escrituras se nos dicen claramente tres características relacionadas con la naturaleza de Dios.

a. “Dios es Espíritu”

Juan 4:24

Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren.

En el griego no hay artículo indeterminado, por lo que decir “Dios es un espíritu” sería en extremo censurable, puesto que le igualaría a otros seres. Dios es “Espíritu” en el sentido más elevado. Por ser “Espíritu” no tiene sustancia visible, es incorpóreo. Si Dios tuviera un cuerpo tangible, no sería omnipresente y estaría limitado a un lugar; al ser “Espíritu” llena los cielos y la tierra.

b. “Dios es luz”

1 Juan 1:5

Este es el mensaje que hemos oído de él y os anunciamos: Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él.

La luz se opone claramente a las tinieblas. Las tinieblas, en las Escrituras, representan el pecado, el mal, la muerte; la luz representa la santidad, la bondad, la vida. Que “Dios es luz” significa que es la suma de todas las excelencias.

c. “Dios es amor”

1 Juan 4:7-8

Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

No es simplemente que Dios “ama”, sino que es el Amor mismo. El amor no es simplemente uno de sus atributos, es su misma naturaleza. Muchos hoy en día hablan del amor de Dios, pero son ajenos por completo al Dios de amor. El amor divino es considerado comúnmente como una especie de debilidad afectuosa, una cierta indulgencia cariñosa; es reducido a un simple sentimiento enfermizo, copiado de las emociones humanas. Sin embargo, la verdad es que en esto, como en todo lo demás, nuestras ideas han de ser reguladas de acuerdo con lo que las Sagradas Escrituras nos revelan.

Esta es una urgente necesidad que se hace evidente, no sólo por la ignorancia general que prevalece, sino también por el estado tan bajo de espiritualidad que, triste es decirlo, es característica general de muchos de los que profesan ser cristianos. ¡Qué poco amor genuino hay hacia Dios! Una de las razones principales es que nuestros corazones se ocupan muy poco de su maravilloso amor hacia los suyos. Cuanto mejor conozcamos su amor, su carácter, plenitud y su bienaventuranza, más fuerte será el impulso de nuestros corazones en amor hacia Él.

2. Características del amor de Dios

Con el propósito de tener claridad sobre el verdadero significado del amor de Dios, a continuación, vamos a analizar algunas de sus características:

2.1. El amor de Dios es inherente

Queremos decir que no hay nada en los objetos de su amor que pueda provocarlo, ni nada en la criatura que pueda atraerlo o impulsarlo. El amor que una criatura siente por otra es producido por algo que hay en ésta; pero el amor de Dios es gratuito, espontáneo, inmotivado. La única razón de que Dios ame a alguien reside en su voluntad soberana.

Dios ha amado a los suyos desde la eternidad y, por lo tanto, nada que sea de la criatura puede ser la causa de lo que se halla en Dios desde la eternidad. El ama por sí mismo:

2 Timoteo 1:9

Él nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos...

Dios no nos amó porque nosotros le amábamos, sino que nos amó antes de que tuviésemos una sola partícula de amor hacia Él. Si Dios nos hubiera amado correspondiendo a nuestro amor, no hubiera sido espontáneo; pero, porque nos amó cuando no había amor en nosotros, es evidente que nada influyó en su amor. Si Dios ha de ser adorado, y el corazón de sus hijos probado, es importante que tengamos ideas claras acerca de esta verdad preciosa.

El amor de Dios hacia cada uno de «los suyos» no fue movido en absoluto por nada que hubiera en ellos. ¿Qué había en mí que atrajera al corazón de Dios? Nada absolutamente. Al contrario, todo lo que le repele, todo lo que le haría aborrecerme, el pecado, la depravación, la corrupción estaba en mi corazón; en mí no había ninguna cosa buena.

2.2. El amor de Dios es eterno

Necesariamente ha de ser así. Dios mismo es eterno y Dios es amor; por tanto, como Él no tuvo principio, tampoco su amor lo tiene. Es cierto que este concepto trasciende el alcance de nuestra mente finita; sin embargo, cuando no podemos comprender, aun podemos adorar.

¡Qué bendito conocimiento el saber que el Dios grande y santo amó a sus hijos antes de que el cielo y la tierra fuesen creados y que había puesto su corazón en ellos desde la eternidad! Esto es prueba clara de que su amor es espontáneo, porque Él nos amó innumerables siglos antes de que existiésemos.

¡Qué de alabanzas debería producir el corazón al pensar que si el amor de Dios no tuvo principio tampoco puede tener fin! Si es verdad que “desde el siglo hasta el siglo” El es Dios y es “amor” entonces es igualmente verdad que ama a su pueblo “desde el siglo y hasta el siglo”.

2.3. El amor de Dios es soberano

Esto también es evidente en sí mismo. Dios es soberano, no está obligado para con nadie; Dios es su propia ley, actúa siempre de acuerdo con su propia voluntad real. Así pues, si Dios es soberano y es amor, se desprende necesariamente que su amor es soberano. Porque Dios es Dios, actúa como le agrada; porque es amor, ama a quien quiere.

Tal es su propia explícita afirmación:

Romanos 9:11-16

No habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama), cuando Dios le dijo a Rebeca: «El mayor servirá al menor». Como está escrito: «A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí».

¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, pues a Moisés dice: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca». Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

No había más objeto de amor en Jacob que en Esaú. Ambos habían tenido los mismos padres, habían nacido al mismo tiempo, puesto que eran gemelos; con todo, ¡Dios amó al uno y aborreció al otro! ¿Por qué? Porque le agradó hacerlo así.

La soberanía del amor de Dios se desprende necesariamente del hecho de que no es influido por nada que haya en la criatura. De ahí que el afirmar que la causa de su amor reside en Él mismo es sólo otra manera de decir que ama a quien quiere.

Supongamos, por un momento, lo contrario. Supongamos que el amor de Dios fuera regulado por algo externo a su voluntad. En tal caso su amor se regiría por unas reglas, y, siendo así, Él estaría bajo una regla de amor, de manera que, lejos de ser libre, sería gobernado por una ley.

Así lo explica Pablo en la carta enviada a los creyentes en Éfeso. “*En amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a sí mismo, según*” - ¿qué? ¿Algún mérito que vio en nosotros? No; sino, “*según el puro afecto de su voluntad*”.

2.4. El amor de Dios es infinito

Todo lo referente a Dios es infinito. Su sustancia llena los cielos y la tierra. Su sabiduría es ilimitada, porque Él conoce todo el pasado, el presente y el futuro. Su poder es inmenso, porque no hay nada difícil para Él. Asimismo, su amor no tiene límite. Tiene una profundidad que nadie puede sondear; una altura que nadie puede escalar; una longitud y una anchura que están más allá de toda medida humana.

Esto se nos indica Pablo de nuevo en la carta a los Efesios: “*Sin embargo, Dios, que es rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó*”; la palabra “mucho” aquí es sinónima de “*de tal manera amó Dios*” en Juan 3:16. Nos habla de un amor tan sobresaliente que no puede ser calculado.

“Ninguna lengua puede expresar fielmente la infinitud del amor de Dios, ni ninguna mente comprenderla: *“excede a todo conocimiento”*. Las más vastas ideas que la mente finita puede formarse del amor divino están muy por debajo de su verdadera naturaleza.

2.5. El amor de Dios es inmutable

Del mismo modo que en Dios “*no hay mudanza, ni sombra de variación*” como afirma Santiago, tampoco su amor conoce cambio o disminución. El indigno Jacob ofrece un ejemplo poderoso de esta verdad: “A Jacob amé”, declaró Jehová y, a pesar de toda su incredulidad y desobediencia, Él nunca dejó de amarle.

En la “Última Cena” Juan nos da una hermosa ilustración. Aquella misma noche, uno de los apóstoles diría: “*Muéstranos al Padre*”; otro le negaría con juramentos, todos iban a ser escandalizados y le abandonarían. Así y todo, “*como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*”. El amor divino no está sujeto a vicisitudes de ninguna clase. El amor divino es como lo detalla Salomón en el libro el Cantar de los Cantares:

Cantares 8:6-7:

...porque fuerte como la muerte es el amor... Sus brasas son brasas de fuego, potente llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor ni lo ahogarán los ríos.

2.6. El amor de Dios es santo

El amor de Dios no lo regula el capricho, ni la pasión, ni el sentimiento, sino un principio. Del mismo modo que su gracia no reina a expensas de su justicia, así su amor nunca choca con su santidad. Juan en su primera carta escribe “*Dios es luz*” antes que “*Dios es amor*”.

El amor de Dios no es una simple debilidad afectuosa, ni una especie de ternura. La Escritura declara que “*el Señor al que ama castiga, y azota a cualquiera que recibe por hijo*”. Dios no cerrará los ojos al pecado, ni siquiera al de sus hijos. Su amor es puro, sin mezcla de sentimentalismo sensiblero.

2.7. El amor de Dios es benigno

El amor y el favor de Dios son inseparables.

Romanos 8:32-34

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

Por la idea y alcance del contexto se percibe claramente que es este amor, el cual no puede haber separación: es la buena voluntad y la gracia de Dios que le determinaron a dar a su Hijo por los pecadores. Ese amor fue el poder impulsor de la encarnación de Cristo porque:

Juan 3:16

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...

3. El amor de Dios manifestado en Jesús y en su sacrificio

1 Juan 4:19

Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero.

El amor de Dios es Eterno, como su inmutabilidad, nunca vacila, cambia o muere. El acto supremo del gran amor de Dios fue el enviar a Su Hijo a morir en lugar de los pecadores condenados. No podemos imaginar el horror de Cristo, el Hijo de Dios y Dios Hijo, al enfrentar la cruz—no tanto por el sufrimiento físico sino por el hecho de que Él, el Perfecto, Santo, sin Culpa, Hijo de Dios, tomara nuestra culpa y nuestros pecados en sus hombros y enfrentara la ira de Su Padre. Tal amor no tiene comparación. Dado este gran sacrificio, este gran amor, esta gran consideración, nada ni nadie puede separar a los redimidos del amor de Dios.

Jeremías 31:3

Jehová se me manifestó hace ya mucho tiempo, diciendo:

“Con amor eterno te he amado; por eso, te prolongué mi misericordia.

Efesios 1:4-6

...según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por me-

dio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

Esta es la doctrina del amor de Dios, pero aún hay mucho más de él. Hay algo en el amor de Dios que levanta pasiones desde muy adentro de nuestra alma, que desafían cualquier descripción. No podemos imaginar a alguien tan amoroso que dejaría las glorias del cielo, para caminar en “nuestros zapatos” por 30 años, y luego morir por nosotros. No podemos imaginar a un Ser, tan misericordioso que haría como dice la canción, “ver más allá de mi culpa y ver mi necesidad.”

El amor de Dios no es un amor sentimental, enfermizo que es como el amor de dulce de algodón que los humanos expresamos entre nosotros—no es como el amor que esta aquí el día de hoy y se va mañana. Si entendemos el alcance y el poder del amor de Dios y conocemos el eterno significado de Su gracia y misericordia por medio de la Cruz, no hay fuerza alguna en la tierra, ni tragedia de la vida humana, o pecado en nuestro propio pasado que pueda quitar la dulzura de su amor o el gozo de su compañía. El amor de Dios es un tesoro más allá de cualquier precio para aquellos que lo conocen.

4. El amor de Jesús

Antes que el mundo fuera hecho, el eterno Hijo de Dios nos amó. Antes del día de la creación, le importamos. Él conocía nuestro pecado, lo sabía todo. Él sabía que rechazaríamos Su llamado, sin embargo, Él nos amó, nos salvó, siempre le importamos. Cuando estábamos perdidos en el pecado, Jesús nos amó. Cuando profanamos Su nombre, le importamos. Hombres malvados lo avergonzaron (incluidos nosotros). Él nos amó, Él nos salvó, siempre le importamos.

Cuando nos negamos a oír, Jesús nos amó. Cuando cerramos nuestro oído, le importamos. Suavemente rompió nuestra malvada voluntad, Su Espíritu se esforzó con nosotros hasta que nos encontró y nos salvó, siempre le importamos.

Estos sentimientos son pálidos comparados con la ardiente y apasionada luz de su presencia—cuando el mundo nos ha dado un golpe, cuando todo parece oscuridad y no podemos ver la luz, es entonces cuando el Señor mismo deja impreso en nuestras mentes y nuestros corazones la profundidad de su amor. Es cuando sentimos el gran gozo de saber que somos almas liberadas por su sacrificio y que nada nos puede separar de su amor, que entendemos el impresionante poder de las palabras de Pablo.

Romanos 8:35-39

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito:

«Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero». Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos

amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

5. Los 3 tipos de amor

Dios no ama incondicionalmente a todos los seres humanos. Dios prodiga su amor de 3 formas diferentes, sin embargo, no a todos los ama igual, es por ello que en teología se hacen 3 distinciones del amor de Dios:

- a. **El amor benevolente:** El amor de Dios de buena voluntad es aquel que Él prodiga a toda su creación. Su buena voluntad se muestra sobre todo en el envío de su Hijo a la tierra:

Lucas 3:12-14

Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían:

«¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!».

- b. **El amor benefactor:** Es aquel que Dios prodiga a los seres humanos a partir de su providencia:

Mateo 5:44-45

Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos.

- c. **El amor de complacencia (agape):** Este amor está reservado solamente para su pueblo, su iglesia, esto es, para aquellos que son discípulos de Cristo, de quien Él se complace:

Mateo 3:13-17

Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, donde estaba Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan se le oponía, diciendo:

—Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?

Jesús le respondió:

—Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia.

Entonces se lo permitió. Y Jesús, después que fue bautizado, subió enseguida del agua, y en ese momento los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él. Y se oyó una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

6. Conclusión

Nuestro Dios es el Dios Absoluto de la Biblia. Él hace lo que le da placer, Él logra lo que se propone, ninguno de sus planes es frustrado por las insignificantes decisiones del ser humano. Él tiene ira contra la rebelión, pero su amor va más allá de nuestra imaginación. En una de las declaraciones más concisas y profundas que se haya escrito sobre el Dios Absoluto, A W. Pink dijo en el siglo pasado:

“El ‘Dios’ de este siglo veinte no tiene más parecido al Supremo Soberano, del cual los santos escribieron, que el débil parpadeo de una vela en la gloria del sol de medio día. El ‘Dios’ del cual se habla estos días en el púlpito promedio, en la escuela dominical ordinaria, que es mencionado en mucha de la literatura de hoy y es predicado en la mayoría de las llamadas conferencias de Biblia, es un invento de la imaginación humana, un invento del sentimentalismo llorón. Los paganos alejados del cristianismo crean ‘dioses’ de madera y piedra, mientras los paganos dentro del cristianismo crean un ‘dios’ de acuerdo con sus mentes carnales. En realidad, también son ateos, pues no hay otra alternativa posible entre tener un Dios Absoluto y Supremo y no tener ninguno. Un ‘dios’ que es resistido, que sus diseños son frustrados, cuyo propósito es frustrado, no posee ningún título de Deidad y más que ser un simple objeto de adoración, no merece más que desprecio.”

Cristo no murió para hacer que Dios nos amara, sino porque amaba a su pueblo. El Calvario es la demostración suprema del amor divino. Siempre, que seamos tentados a dudar del amor de Dios, recordemos el Calvario. He aquí, abundante motivo para confiar en Dios y para soportar con paciencia las aflicciones que envía, Cristo era el amado del Padre, y aun así no estuvo exento de pobreza, afrenta y persecución. Sufrió hambre y sed. De ahí que, al permitir que los hombres le escupieran y le hirieran, el amor de Dios hacia Cristo no sufrió menoscabo.

Así pues, que ningún cristiano dude del amor de Dios al ser sometido a pruebas y aflicciones dolorosas. Dios no enriqueció a Cristo con prosperidad temporal en este mundo, pues Él “no tenía donde recostar su cabeza”. Pero sí le dio el Espíritu sin medida. Siendo así, aprendamos que las bendiciones espirituales son los dones principales del amor divino. ¡Qué bendición es el saber que, aunque el mundo nos odie, Dios nos ama! Y estar seguros de que *“ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”*.